



El escritor británico Ian McEwan, ayer en Barcelona. / JOAN MANUEL BALIELLAS

## Se ha inspirado en Stella Rimington, la primera mujer que dirigió el MI5

nero a promover la cultura americana, con el fin de convencer a los intelectuales europeos de que Occidente era la mejor opción, en un momento en el que la izquierda democrática de la época, dispuesta a defender una sociedad igualitaria, defendía, sin pensar en las consecuencias, el sistema soviético. Es

más, lo ponía como ejemplo», relata el escritor, convencido de que, en los 70, Gran Bretaña «atravesaba una crisis de identidad política y cultural», y estaba bloqueada, como en un ataque de pánico.

«El país estaba en quiebra. Había sido un imperio y luego había dejado de serlo, y aún no se había acostumbrado a la idea. Mientras, cultural y socialmente estaba asistiendo a una revolución. El feminismo, el ecologismo, todo tipo de movimientos se gestaron en esa época, que curiosamente fue la época en la que empecé a publicar mis primeros relatos. Para mí era todo muy emocionante», recuerda el escritor.

¿Le gustan a McEwan las novelas de espías? «Me gustan las novelas de género porque tienen reglas y las reglas están para romperlas», contesta. Pero *Operación Dulce* es mucho más que una novela de espías. Para empezar, es una novela sobre la lectura, una novela de lectores, de la misma manera que *Expiación* era una novela sobre la escritura y el poder de la imaginación, sobre la creación de historias.

Hablando del reclutamiento de su personaje y refiriéndose al escándalo actual de las escuchas por parte de la CIA, McEwan apunta que «los servicios de inteligencia espían, sin preguntarse por qué ni para qué, así que no es extraño lo que ha ocurrido, pero sí fascinante».

Literatuta / Publicación

# «Espían sin saber por o para qué»

En 'Operación Dulce', el británico Ian McEwan recrea la vida de una agente secreta encargada de impulsar la carrera de un escritor anticomunista

**LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona**  
A Serena Frome le gustan las novelas románticas. Las lee de forma compulsiva, sentada en la vieja butaca que preside su diminuto apartamento londinense. Corren los años 70. Serena trabaja para el MI5, pero no es más que una secretaria. Teclea y coquetea con auténticos oficiales, con auténticos espías, mientras espera su oportunidad. Una oportunidad que, sospecha, nunca llegará, el día en el que la envían a cambiar las sábanas de un piso franco y la convencen de que eso es una auténtica misión. Pero la

oportunidad llega y, curiosamente, tiene que ver con su adicción: la lectura. El servicio de inteligencia británico quiere impulsar la carrera de un joven escritor anticomunista, como en otro tiempo impulsó la de George Orwell, para ayudar a disipar el interés que la revolucionaria juventud inglesa de los 70 sentía por el bloque del Este, encarnado en la presumiblemente perfecta Alemania oriental. Y han elegido a Serena para que le reclute sin contemplar la posibilidad de que ella se enamore de él y la cosa se acabe complicando más de la cuenta. La última novela de Ian McEwan, *Ope-*

*ración Dulce* (Anagrama/Empúries), es, en sus palabras, «una historia de amor entre dos tipos de lectores distintos», además de un retrato de la Inglaterra «falta de identidad» de la época y una trepidante novela de espías culturales.

Aunque los tabloides ingleses están empeñados en relacionar a Serena con una ex novia de McEwan, lo cierto es que la única «heroína real» que puede haber tras el personaje, dice, es Stella Rimington, la primera mujer que dirigió el MI5. Pero, ¿qué hay de Tom Haley, el escritor? «A Tom le he prestado mis primeros relatos y algunas de mis

experiencias. Como él, yo fui a la Universidad de Sussex y me moví en el mismo entorno literario en el que se mueve él, sólo que en mi despacho nunca entró una señorita dispuesta a pagarme un sueldo con el único fin de que siguiera escribiendo, sin importar el qué ni para quién», contesta McEwan, que viste una vieja americana de paño y un polo color pastel. A continuación añade que si la Historia tuvo un motor fue su descubrimiento de ciertas historias de la Guerra Fría que tenían que ver con la promoción de la cultura occidental. «La CIA dedicó muchísimo di-



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

## 'El libro de jade'

Si el romanticismo había redescubierto el mundo islámico, el simbolismo y el *fin de siècle* redescubrieron (más exotismo) China y Japón en todas las artes –en la decoración también– y se puso de moda la *chinería* y el *japonismo*.

Los pintores, incluidos los impresionistas, lo dejaron claro y los literatos también, sin olvidar el opio que entonces hacía estragos en el decadente Celeste Imperio. Pero el mérito de **Judith Gautier** (hija del famoso **Théophile**, maestro de **Baudelaire**) fue que ella quiso realmente ser una orientalista, una sinóloga –aprendió chino– y no sólo a título decorativo.

Todo lo oriental le cautivó, como nos recuerda **Rémy de Gourmont** en la semblanza que hace de ella y que abre esta edición cuidada y renovada de *El libro de jade* (1867), acaso el más famoso de los muchos que publicó Judith, quizá por lo novedoso, y que saca ahora Ardicia como segundo título de una editorial nueva y refinada que se abrió, hace algo más de un mes, con los cuentos *Monstruos parisinos* de **Catulle Mendès**, que prologué yo mismo.

Judith Gautier (1845-1917, que publicó la primera edición de esta primorosa antología como **Judith Walter**, no sabemos si por no parecer que competía con su ilustre padre) fue, para que todo case también en la edición, la primera mujer de Mendès, otro cercano al enorme **Baudelaire**. Judith espiga entre la abundante poesía china clásica –sobre todo de la dinastía Tang– y podemos decir que más que traducir recrea los poemas, mimando la sensibilidad exquisita que suelen tener, con damas enamoradas a la luz lu-

nar, mucha melancolía, otoño y vino, que naturalmente era de arroz.

Traducir el chino clásico es muy difícil y siempre requiere (hoy también) que el traductor mezcle su propia visión al texto original; naturalmente Judith Gautier, a fines del siglo XIX, lo hace algo más, incluso por la influencia de esa moda de la *chinería* que, probablemente, trataba de moderar. Como dice bien **Jesús Ferre-**

## Como dijo Anatole France: «Un libro bordado de seda y oro»

ro en su epílogo, aquellos traductores «ponían más de su parte, consiguiendo que los poemas resultasen más traidores, cierto, pero también más legibles». Yo diría menos sobrios o escuetos. Aquí están, bajo una sedosa sensibilidad finisecular

(que influyó, por ejemplo, en los poemas chinos que tradujo el modernista colombiano **Guillermo Valencia**) **Li-Tai-Po**, **Tu-Fu** o **Su-Tung-Puo**, entre otros de los grandes clásicos chinos.

Naturalmente los nombres siguen la clásica transcripción del sistema Wade-Giles, por la que casi todos los conocimos (ahora Li-Tai-Po es **Li-Bai**) pero lo que no entendemos es por qué se ha respetado la forma francesa, que puede despistar: Li-Tai-Po es **Li-Tai-Pe** y Su-Tung-Puo se transforma en **Sou-Tong-Po**. ¿No puede algún lector, menos versado, creer que trata con autores diferentes? Como se decía, el buen **Homero** también echa un sueño de cuando en cuando. Entre budismo, taoísmo y un ejemplar refinamiento, *El libro de jade* fue una enorme novedad en el panorama literario europeo, ya que lo abrió al inmenso territorio de la poesía china clásica, que aún no conocemos bien. Judith Gautier fue una pionera en todo y el libro es precioso. **Anatole France**: «Un libro bordado de seda y oro». ¿Más?